

DE LA CORRESPONDENCIA DE PETRARCA

Ninguna de las cartas de Petrarca, hasta donde sabemos, ha sido traducida al español. Esta circunstancia y el haber necesitado leer y comentar a nuestros alumnos la carta del humanista italiano a Nicolás Sigerio, nos movió a realizar la versión que publicamos a continuación. Esta ha sido hecha sobre el texto latino publicado por Vittorio Rossi en el volumen tercero de su edición crítica de *Le familiari* (Firenze, Sansoni, 1937), págs. 275 y ss. La carta en cuestión es la segunda del libro XVIII, fechada *Mediolani, iv Idus Ianuarias* y rubricada *Ad Nicolaum Sygerum pretorem Grecorum, gratiarum actio pro transmisso Homeri libro*.

El año de la redacción de la carta no figura en el manuscrito de *Le familiari*, pero se acepta el de 1354, fecha en la cual Petrarca se encontraba en Milán invitado por el cardenal Giovanni Visconti. De su destinatario, Nicolás Sigerio de Constantinopla, no sabemos sino que estuvo en Avignon como embajador ante el Papa, probablemente en unión de Barlaam, delegado de la Iglesia bizantina para tratar de la unificación de los fieles de Oriente y Occidente¹. En Avignon Petrarca conoció a Sigerio, hombre culto, y podemos suponer que éste supo entonces del interés de Petrarca por los códices de la literatura antigua, y que, vuelto a Constantinopla, re-

¹ Es inútil buscar a Nicolás Sigerio en las enciclopedias; su nombre no encabeza allí ningún artículo. Lo ignoran, además, los tres tomos de *Le monde byzantin* (Paris, 1946-50) de L. Bréhier, la *Geschichte des byzantinischen Staates* de Georg Ostrogorsky (München, 1952), publicada dentro del "Byzantinisches Handbuch" que hace parte del "Handbuch der Altertumswissenschaft" de W. Otto. Lo mismo dígame del artículo *El imperio bizantino* de Augusto Heisenberg, incluido en la *Historia universal* dirigida por Walter Goetz (t. III, págs. 183 y ss.). Brevisimas menciones de Sigerio basadas en nuestra carta se encuentran, con todo, en el artículo *Omero*, redactado por G. Pasquali para la *Enciclopedia Italiana*, en la *Bibliografia degli autori greci* de Giovanni Semerano, publicada en la *Introduzione alla filologia classica* de Marzorati (Milano, 1951), pág. 459, en *Petrarca letterato*. I, *Lo scrottoio del Petrarca* por G. Billanovich (Roma, 1947), pág. 245, en la obra de G. Schnürer, *Kirche und Kultur im Mittelalter*, III (Paderborn, 1930), pág. 318, en *Altertumskunde* de Max Wegner (München-Freiburg, 1951), pág. 9, donde el autor afirma, sin razón a nuestro parecer, que Sigerio enseñó griego a Petrarca.

Sobre Barlaam, nacido cismático en Seminara (Calabria), en 1290, convertido por influencia de Petrarca y muerto obispo de Gerasa en 1350, pueden consultarse el artículo de Martino Jugie en la *Enciclopedia cattolica*, s. v. *Barlaam*; *La civilisation byzantine* de L. Bréhier (tomo III de *Le monde byzantin*), págs. 436-38, [en la traducción española de José Almoína,

cordando a su amigo de Italia, le remitió un manuscrito de Homero. La carta permite suponer que el envío de Sigero haya sido hecho por pedido del italiano. Qué obras de Homero contenía el manuscrito regalado y cuál haya sido posteriormente su destino, son cuestiones que ignoramos. Podemos, por el contrario, afirmar con verosimilitud que fue este códice el primer manuscrito de Homero llegado a Occidente, a manos de un hombre que, aunque no sabía griego para leerlo, tenía plena conciencia de su valor. Pocos años más tarde, en 1360, Petrarca menciona otra copia de los poemas homéricos que había visto en Padua, señalándosela a Boccaccio para la traducción que debía emprender Leoncio Pilato, pues, celoso de su propio ejemplar, no muestra ninguna voluntad de prestarlo para la empresa (Cfr. *Variae*, 25 Milán, 18 de agosto de 1360).

Como lo dice en su carta, Petrarca empezó a aprender la lengua griega con Barlaam, pero sin realizar mayores progresos. Posteriormente a esta iniciación, que se coloca en 1342, parece que el humanista volvió a dedicar algún tiempo al aprendizaje del griego en 1346 y 1347, pero solamente pudo conocer la poesía homérica en la traducción latina de Leoncio Pilato, cuyo manuscrito le remitió Boccaccio en 1367. Sin embargo, esta ignorancia de la lengua no fue obstáculo para que Petrarca se complaciera en la posesión del texto homérico y, adhiriendo a la admiración de los autores latinos por "el príncipe griego de los poetas", dejara traslucir, en su carta a Sigero, todo el entusiasmo, el respeto y fervor que Homero le inspiraba. Esta acogida comprensiva y admiradora de las letras griegas sitúa a Petrarca rotundamente fuera de la Edad Media. Su búsqueda de manuscritos griegos —nuestro humanista adquirió también un Platón y, en su carta, encarga a Sigero un Hesíodo y un Eurípides— le otorga el mérito de haber sido el promotor del redescubrimiento de la literatura griega en Occidente.

A NICOLAS SIGERO, PRETOR DE LOS GRIEGOS, PARA AGRADECERLE EL ENVÍO DEL LIBRO DE HOMERO

Un regalo ilustre es propio de un espíritu ilustre. La conducta de los hombres refleja su alma, y la manera de ser de cada uno es visible por sus actos. Correspondía a tí algo singular, pues eres hombre singular y completamente aparte del vulgar montón. Si fueras uno de tantos, habrías obrado como los demás. Por el contrario, actuaste magníficamente, como te correspondía, y con un mismo hecho manifestaste tu ingenio y amistad. Desde los confines de Europa me remitiste el regalo más digno de tí, por mí más deseado y en sí mismo más noble que hayas podido conseguir. Antioco, el gran rey de Siria, como algunos creen, o, como prefiere Cicerón, Atalo de Pérgamo, envió a Publio Escipión "desde el Africa hasta Numancia", magníficos presentes que este ilustrísimo varón recibió, no en secreto, sino, como dice nuevamente Cicerón, "en presencia del ejército". Y leemos también que el abuelo de Publio, Escipión el Africano, hizo insignes regalos al rey Masinisa por haber ayudado éste con notoria valentía a las tropas romanas. Y a menudo otros han hecho lo mismo. Pero no solamente deseo citar casos de munificencia pública y privada. Quiero también mencionar otros por cuyo relato entenderás fácilmente lo que pretendo decir. Regalan algunos oro y plata, los tesoros más codiciados, pero al mismo tiempo más

México, UTEA, 1955, págs. 310-12], *Ciro Giannelli, Un progetto di Barlaam per l'unione delle chiese*, en *Miscellanea Giovanni Mercati*, vol. III (Città del Vaticano, 1946), págs. 157-208.

Entre la bibliografía petrarquista que nos fue posible consultar no encontramos ningún comentario a la presente carta. He aquí, pues, un atrayente tema para nuestros estudiantes de letras.

peligrosos de la tierra. Regalan otros las riquezas del Mar Rojo y los productos de las más ricas algas marinas: perlas y gemas que, a veces, refulgen con destellos sangrientos. Se suele también regalar bandas y cinturones que constituyen el decoro de refinados artistas, y ciudades y castillos, obra de hábiles arquitectos. Pero tu regalo no es de estos que sirven de ostentación a la riqueza del donante y a la codicia de quien recibe. ¿Cuál ha sido entonces? Algo escogido que me complace y que, como he dicho, corresponde a quien eres. ¿Y qué otra cosa regalaría un hombre de tanto ingenio y elocuencia sino la misma fuente de ellos? Homero fue tu regalo, a quien Ambrosio Macrobio llama “fuente y origen de toda divina invención”. Y esto, que todos lo dicen, lo atestiguaría la obra misma, aunque nadie lo dijera. Adrede he destacado este solo testimonio, porque sé que éste es, entre todos los latinos, el autor que te merece fe; creemos, en efecto, a quienes amamos. Pero vuelvo a Homero. Tú, hombre amabilísimo, me lo regalaste, y con ello cumpliste tu promesa y mi deseo. Además, me lo enviaste, no vertido en el cauce violento de una lengua ajena, sino tomado puro e inalterado de los manantiales mismos de la elocuencia griega, tal como desde un principio brotó de aquel divino ingenio. Este regalo sumo e inapreciable, si se mira a su intrínseco valor, está ahora en mis manos, y nada me faltaría si con él pudiera gozar también de tu presencia. Pues si estuvieras aquí podría entrar-me, bajo tu dirección, en las angosturas de tan extraña lengua y gustar alegremente de tu regalo, contemplando atónito “esa luz” y “maravilla singular” de la cual Horacio, en el *Arte Poética*, dice:

Antiphatem, Scyllamque et cum Cyclope Caribdim ²

Pero, desdichado de mí, ¿qué puedo hacer ahora? Tú, que debes considerarte feliz por el conocimiento de ambas lenguas, estás muy lejos de mí; y nuestro Barlaam me fue arrebatado por la muerte, aunque —la verdad sea dicha— yo mismo fui desde antes causa de que de mí se apartara. Mientras lo animaba a alcanzar los honores del obispado, no miraba a mi daño, así que, cuando fue elevado a la prelatura, perdí al maestro bajo cuya dirección esperaba realizar grandes hazañas. Pero, lo confieso, contigo el caso es muy distinto, porque tú puedes darme mucho, sin que yo vea con qué pueda retribuirte; en tanto que, si bien Barlaam, desde que inició su magisterio diario conmigo, me enseñó muchas cosas, confesaba haber aprendido no menos de mí en nuestras relaciones. Ignoro si esto lo decía de veras o por gentileza; en todo caso, lo cierto es que aquel hombre, tan rico de recursos en la lengua griega, éralo pobrísimo en la latina y, a pesar de su espíritu vivaz, encontraba bastante dificultad para expresarse. De esta manera, aunque era él el guía, franqueaba yo con frecuencia las fronteras de su dominio, mientras que en el nuestro erraba él tras de mí como en terreno poco firme. Pero aun así, nuestras posiciones eran diferentes, porque él sabía más latín que yo griego; de modo que cuando yo alcanzaba un punto, él había pasado ya al siguiente. Y era que él, como nacido en Italia, de más edad que yo y educado y tratado por latinos, podía hacer renacer fácilmente en sí mismo lo que por naturaleza poseía. Como he dicho, a éste me lo arrebató la muerte; y ahora la distancia, no muy disímil de la muerte, me aparta también de tí. En verdad me alegro de tener un amigo como tú, estés donde estés, pero lamento que no llegue a mis oídos tu voz, la cual podría avivar o apaciguar la sed de saber que, no lo oculto, me devora. Sin ella Homero es tan mudo para mí como yo sordo para él. Con todo, en su solo aspecto me complazco y contemplándolo, exclamo entre suspiros: ¡Oh, gran hombre, qué deseo de oírte! Pero mis oídos han sido cerrados, el uno por la

² Conservamos la ortografía del original. La cita corresponde al verso 145 del *Arte poética*.

muerte, el otro por la distancia. De nuevo te agradezco tu eximia liberalidad. Aunque parezca extraño, de Occidente ha venido, y habita conmigo en mi casa hace ya algún tiempo, Platón, el príncipe de los filósofos. No temo que te levantes, como ciertos escolásticos, contra este elogio que ni el mismo Cicerón, ni Séneca, ni Apuleyo, ni Plotino, el gran platónico, pero ni Ambrosio, ni nuestro Agustín rechazaron nunca. Ahora, gracias a tí, el príncipe griego de los poetas ha venido a reunirse con el príncipe de los filósofos. Y ¿quién no se regocijaría y gloriaría con tales huéspedes? En ambos tengo lo mejor que en elocuencia posee el mundo latino; y, aunque quizás el contemplar a los griegos en su propio vestido no sea de mucha utilidad, constituye esto sin embargo, una verdadera dicha. Además, no he perdido todavía la esperanza de alcanzar en mi vejez algún progreso en vuestras letras, en las cuales sabemos que Catón los hizo grandes durante los últimos años de su vida. Si deseas algo de mí, pídemelo con confianza y haz uso conmigo de tus derechos. Yo, como lo ves, lo hago; y como el éxito en el ruego da nueva audacia para pedir, te pido, por favor, que me envíes, si te es posible, Hesíodo y Eurípides. Adiós, varón egregio. En la corte oriental, entre tus héroes, haz conocer mi nombre (el cual, sin tener méritos, por no sé qué indulgencia de los hombres o de la fortuna, es bastante conocido en Occidente) para que así, quien es amado por el César romano, no sea visto con fastidio por el Emperador de Constantinopla.

Milán, 10 de enero [de 1354].

JORGE PÁRAMO POMAREDA